

UN FRIKI RELATO, Un relato de Encarnación Merlo Luengo

PERSONAJES

- Maripuri: la mujer.
- Mariano: el marido.
- Albert Einstein, Stephen Hawking y otros científicos.
- Sheldon Cooper y Amy Farrah Fowler: personajes de televisión.

RELATO

Hola, soy Maripuri. En realidad, era Maripuri porque ahora soy Amy Farrah Fowler.

Yo era feliz en mi matrimonio, o eso pensaba yo. Toda una vida casada con Mariano... Siempre había sido ama de casa. Me había dedicado a cocinar, limpiar, planchar, cuidar de las niñas, economizar, ser la sensual amante de mi Mariano y, por último, a ejercer de abuela maravillosa.

Mariano, a sus 72 años, tenía una gran pasión: jugar a la petanca. Así que todas las mañanas se bajaba a jugar con sus amigos al parque Calero y yo me quedaba en casa haciendo las tareas propias de mi género. Cuando terminaba, me preparaba un aperitivo y veía un rato la televisión antes de que Mariano subiera a comer.

Era jueves, la una y media. Me había puesto un vinito, blanco, me senté en el sofá y me puse a ver un documental que hablaba sobre el universo. No es que me atrajese especialmente, pero... para cuando llegué al tercer vinito el tema empezó a parecerme interesante.

Estaba absorta mirando el programa cuando de repente: ¡¡BOOOMMM!! Se oyó una explosión ensordecedora.

- ¡Ay! Dios mío. ¿Qué ha sido eso?

Con el susto metido en el cuerpo me levanté para ver qué había pasado. Fui hasta el balcón y lo que vi me dejó estupefacta y asombrada. En el balcón del tercer piso del edificio de enfrente había una luz brillante y resplandeciente, como si el sol estuviese allí mismo. Estaba impresionada por lo que veía. Sin pensarlo un segundo bajé corriendo a la calle, llegué hasta el portal de la casa de enfrente y empecé a llamar por el telefonillo: 3ºA... nada, 3ºB... nada, 3ºC... enseguida me respondió una voz de hombre:

- Amy ¿eres tú? Llegas tarde, llevamos un rato esperándote. ¡Sube! ¡Date prisa!

La puerta del portal se abrió y yo, sin pensarlo, subí al 3ºC. En la puerta me estaba esperando Sheldon:

- ¡Qué alegría, Amy! Han venido a visitarnos Albert Einstein y Stephen Hawking para felicitarnos por el Premio Nobel de Física que nos han otorgado por nuestra investigación sobre la Supersimetría.
- ¡Qué bien! Respondí yo.

¿Pero por qué digo ¡qué bien!? ¿Qué me está pasando? ¿Esto qué es?... En cualquier caso, entré en este piso y llegué hasta el salón donde saludé a Einstein y a Hawking como si los conociera, me felicitaron por el anuncio en Estocolmo de ser los ganadores del Premio Nobel:

- "¡Enhorabuena, Amy, es un honor poder felicitaros por vuestro nombramiento!", me dijo Einstein, con un marcado acento alemán.
- "¡Felicidades, Amy, vuestra teoría es un avance muy grande para toda la comunidad científica!", me dijo Hawking, con el marcado acento metálico de su voz.

Y me puse a charlar con ellos de física como la científica que soy. Hablamos de la Teoría del Big Bang, de la Relatividad General, del Universo Estático y del Universo en Expansión, de los Agujeros Negros, de que todos somos Polvo de Estrella, de los Púlsares y de los Cúasares... y por supuesto de la Supersimetría.

No daba crédito a lo que me estaba sucediendo, hablaba con los más grandes científicos de la historia como si fuera una de ellos, entendía todo lo que se decía de física y respondía con un conocimiento que jamás pensé que tuviera, pero lo mejor de todo era que estaba feliz, tremendamente feliz y satisfecha de mi misma como nunca antes lo había estado.

De repente miré el reloj:

- ¡Santo Cielo! Las siete de la tarde ¡Dios mío! Mariano estará preocupado por mi, yo me tengo que ir de aquí. ¿Qué hago?

En un apartado me dirigí a Sheldon y le dije:

- Sheldon ¿no crees que deberíamos poner un poco de merienda a nuestros invitados?
- Qué idea tan buena, Amy. Voy a la cocina a preparar algo.
- Pues yo me voy a la panadería a coger una barra de pan.

Bajé corriendo, crucé la calle y llegué toda sofocada a mi casa, con un pasmo de no te menees. Entré, pero no vi a Mariano. Miré el reloj y...

- ¡Santo cielo, si sólo son las dos menos cinco! ¿Pero qué diantre ha pasado? ¿Dónde he estado yo?

Entonces oí que se abría la puerta de casa y la voz de Mariano que me decía:

- Hola, cariño, ya estoy en casa ¿qué hay para comer?
- Car... carne de morcillo con patatas fritas, como a ti te gusta.
- ¿Qué tal te ha ido hoy?
- Bien, pero si quieres te cuento la verdad...
- No, déjalo, que hoy le hemos dado una paliza al equipo de Paco y vengo todo contento ¡tendrías que habernos visto!...

El viernes por la mañana me levanté aturdida, mejor dicho, atontada por los sucesos del día anterior ¿habría sido un sueño? o ¿me habría puesto piripi y me lo había inventado? Intenté no pensar más en ello, aunque me costó... y procuré que la mañana sucediese como si fuera una mañana más.

Cuando llegó la una y media, como todos los días, me puse mi vinito, blanco, y me senté en el sofá para ver la televisión. Se abrió la puerta de la calle y entró Mariano:

- Hola, cariño, ya estoy en casa ¿qué hay para comer?
- Hoy he hecho calamares en su tinta, pero aún es pronto para comer, se está haciendo el arroz, ven siéntate un rato conmigo, que están echando un documental muy interesante en la televisión sobre las estrellas.
- ¡Uf! No será un rollo de los que te gustan a ti.
- Venga, que así estamos un rato juntos ¿te pongo un vinito?

Mariano se sentó al lado de Maripuri y... después de un rato: ¡¡BOOOMMM!! Se oyó una explosión ensordecedora.

- ¡Ay! Dios mío. ¿Qué ha sido eso? ¿Lo has oído Mariano?
- Yo no he oído nada.
- Si hombre, ha sido una explosión.
- Que te digo que no, mujer.

Maripuri se levantó, fue hacia el balcón y en el tercer piso del edificio de enfrente había una luz brillante y resplandeciente, como si el sol estuviese allí mismo.

- Mariano, ven. Dime que estás viendo la luz que hay en la casa de enfrente.
- Yo no veo nada.
- Pero si es una luz casi cegadora ¿cómo es posible que no la veas?
- Que te digo que no, que yo no veo nada, en la casa de enfrente no hay nada, no insistas, que te estás poniendo un poco pesadita y hoy no estoy de humor, que el equipo de Paco nos ha dado una paliza... y estoy un poco cabreado. ¡Anda, vamos a comer! Voy preparando la mesa.
- Pues yo... me voy a la panadería a por una barra de pan.
- Pues coge una chapatita.
- Una chapatita... una chapatita... Se fue mascullando ella. Un chapatazo te daba yo...

Maripuri se entretuvo un rato en el recibidor cuando oyó la voz de Mariano:

- ¿Pero no bajas?
- Si, si, ya me voy.

Por fin salió del portal, fue a la panadería, compró dos chapatas, cruzó la calle, llegó al portal de la casa de enfrente, llamó al 3ºC y Sheldon le respondió:

- Amy, sube, ha llegado más gente.

Cuando llegó al piso y Sheldon le abrió la puerta, Maripuri miró el reloj y vio que sólo eran las ocho menos diez.

- Amy, no te lo vas a creer, también han venido Georges Lemaître, Karl Schwarzschild y Jocelyn Bell para felicitaros ¡qué feliz estoy! ¡Has traído chapatas, qué ricas, con lo que me gustan! Pero entra cariño, no te quedes en la puerta. Voy a preparar champán.
- Lo que tú digas, mi amor.

Mientras, Mariano está en casa esperando a que Maripuri llegue con el pan para comer.

- Pero ¿dónde se habrá metido esta mujer? Esto es el colmo, las tres y veinte y sin aparecer, se va a enterar, qué enfado me estoy cogiendo, le voy a echar una bronca de las que no se olvidan, y el arroz se habrá pasado ya ¡claro! Si es que además no me coge el teléfono.

Marca de nuevo el número: "Información telefónica. El número al que llama está apagado o fuera de cobertura".

De pronto Mariano se da cuenta de que en el mueble del recibidor hay un sobre de color rojo. Lo abre y lee:

“Mariano, yo te quiero mucho y tú lo sabes.

Pero es que tú eres tonto, muuu tonto, un escabeche, y aburrido, mucho iah! y repipi, que esto lo has sido toda tu vida.

Te dejo, no me busques, me voy con Sheldon. Yo te lo explicaría, pero es que no lo vas a comprender.

Te dejo en el armario toda tu ropa limpia, la despensa llena de comida y si quieres pan... ya sabes dónde está la panadería.

Adiós

Firmado Amy”